

HOMBRES Y ZORROS, por *Mariano Latorre*. Editorial Ercilla

Recuerdo que en una ocasión, después de leer un libro de cuentos criollos que le prestáramos, uno de los mejores poetas chilenos —que casi es chileno sólo por el azar del nacimiento, pues su sangre, cultura y mentalidad son europeas— nos preguntó a quemarropa, ¿y por qué se hace criollismo? La pregunta nos desorientó un poco, y a medida que fuimos leyendo por ahí el criollismo barato, al alcance de todos los bolsillos y capacidades, que estaba en boga, íbamos encontrando que la interrogación no tenía respuesta salvadora. Era evidente que muchos grafómonos caían de bruces en el criollismo, faltos de aptitud para elevarse sobre las realidades inmediatas, incapaces de alejarse de las menudencias circundantes con la fuerza de abstracción del pensamiento, sin valor para arrojar lastre de veracidad y volar por el espacio libre en alas de la fantasía. Pero la verdad es que en literatura no hay escuelas sino escritores y la suerte de una tendencia depende del hombre que la sustenta.

El criollismo superficial, de elemental objetividad, ha agotado nuestra paciencia con cuecas y tonadas, topeaduras, rodeos, carreras macucas, males impuestos, puñaladas arteras y otros recursos catalogados del medio popular. Pero Mariano Latorre, que ha sido llamado con justicia jefe de la escuela naturalista, nos ofrece un criollismo de muy diferente envergadura que el de sus imitadores. Aquí hay naturaleza viva y personajes reales, tierra y alma, espíritu y paisaje, hombres y ambiente trasmutados en arte al pasar a través de un vigoroso temperamento de escritor.

Latorre ha ido jalonando su vida laboriosa con obras que quedarán como las mejores cosechas literarias de la chilenidad. *Cuentos del Maule* fué un manojito de relatos que se impuso por la agudeza y exactitud de la observación de la realidad y

las evidentes dotes de animador literario de su autor. *Cuna de Cóndores* fué una magnífica toma de posesión de los Andes para nuestras letras. Allí estaba el roto cordillerano en su lucha titánica con los elementos hostiles, en un escenario sobrecogedor por su grandeza y su bárbara inclemencia. *Zurzulita* fué un intento audaz de novela fundamental, fallida en parte por la prolijidad descriptiva y el paisajismo exuberante. *Ully* es una deliciosa acuarela del lago Llanquihue, en cuyas aguas de un azul intenso, detonante, inverosímil, se bañan las moles diáfanas de los volcanes graves y las nubes leves, y donde se desenvuelve un cuento de amor ingenuo y transparente como una brisa del lago. *Chilenos del Mar* es una valiente exploración por los canales del sur y por el mar libre, donde el hombre, el episodio y la naturaleza se aprietan en nudo indisoluble, como engendrados en un solo acto por el aliento del Creador y transportados al libro a un golpe de la varilla mágica del evocador.

Se había dicho muchas veces —en repetición pegajosa que revelaba más malevolencia que sinceridad— que este escritor tenía un solo has de nervios y sentidos privilegiados que le permitían captar con agudeza extraordinaria formas y colores, sonidos y aromas, palpar la ebullición fría de la ola y el cono de luz cristalizada de los volcanes, pero que era sordo y ciego a las palpitaciones del sentimiento, a las desgarraduras de las almas, que tenía una indiferencia neroniana para la alegría y el sufrimiento humanos. Sin embargo, hubo en *Chilenos del Mar* un cuento que se destacó como un prodigio de análisis psicológico, como una exploración en el abismo del subconsciente que habrían firmado Proust, Zweig o Pirandello, cualquiera de los más expertos buceadores en el insondable océano de las almas. *El finado Valdés* era el relato de una vida apagada, quieta, mínima, descolorida como un pergamino, gastado todo relieve por la paciente lima de la rutina, que irrumpía de pronto en una transfiguración estupenda, chorreaba color,

infundía dinamismo, y se multiplicaba en un sin fin de aventuras que no cabían en su vida y se prolongaban, macabras, en el ataúd. Aquella fué una elocuente respuesta dada por el autor a los mezquinos que se complacían con sus presuntas limitaciones.

*Hombres y Zorros* nos muestra a Latorre en posesión segura y tranquila de sus mejores cualidades. Perdura su milagrosa objetividad, su acuidad sensorial que le permite deleitarse hasta el éxtasis con las revelaciones del mundo visible y audible, percibir en el viento la gama de vegetaciones lejanas, posar su mano en el anca rosada de las nubes, habitar, en fin, en un mundo en que es más puro y diáfano el color, más rico y melodioso el sonido, que en el mundo del común de los mortales. Y esta abundancia nítida de sensaciones no es una cualidad vulgar, como han tratado de mostrar algunos. El que percibe vibraciones más sutiles en la escala cromática y melódica, el que a través de las antenas utilizadas de sus percepciones llega a un conocimiento más hondo de la naturaleza, siente pasar a través del haz de sus nervios mayor flúido cósmico, tiene más elementos que asociar en sus imágenes, adquiere más ideas —que sólo consisten en asociaciones de impresiones—, y puede llegar a formular las leyes inéditas del universo, ya sea en la estética, en la filosofía o en la ciencia. Creemos aún que la acuidad sensorial, que permite conocer más y mejor el mundo de afuera, permite también oír mejor el rumor de la vida interna, concreción de la vida milenaria de la especie, y ya dijo Wilde que para conocer el alma ajena había que ahondar en la propia. Hay que ver muy claro en el mecanismo del cuerpo para desnudar las almas.

Como siempre, Latorre se ha documentado pacientemente, estudiando la región y los personajes en dilatadas andanzas, y la comarca ha pasado viva y palpitante al libro. La cordillera de la costa del Maule, a través de las páginas

de este viajero atento y perspicaz, nos pasa a ser más conocida que muchas zonas recorridas personalmente. El autor conoce a fondo su tema y maneja sus asuntos en forma natural y segura. Ha observado mucho, y la imaginación le permite concretar sus observaciones en hermosas creaciones literarias. La documentación es inútil, cuando no se tiene capacidad creadora. A lo sumo se puede inventariar cosas y acumular hechos. Pero es preciosa cuando se tiene la facultad de sacar del cerebro personajes y episodios vivos. Después de juntar el oxígeno y el hidrógeno, hay que hacer pasar un flúido eléctrico para precipitar el agua. Cualquiera puede moldear un hombre de barro, pero hay que ser Dios para infundirle vida.

Dejemos que el autor nos describa con su maestría habitual el escenario de sus relatos:

«Cerro, aldea, río y estero, un Chile en síntesis, donde vivían zorros astutos que hauqueaban burlones en la noches, robándose gallinas y cabritillos, y que en las primaveras poblaban el monte con el alarido de sus ruidosos amores.

«Comprendí a mi rincón. Le encontré un sentido oculto a esos cerros y a esas piedras y a esos hombres que vivían junto a ellos.

«Animales y árboles, hombres y piedras, se fundieron en un solo recuerdo, al cual la lejanía aureolaba de ensueño. Y súbitamente, sugieron el pasado y el presente de la cordillera de la costa en mi imaginación.

«Vi la selva que cubría los flancos de las colinas y la cabeza de los cerros, hasta la orla espumosa del mar, ululante de lobos y gaviotas. El recio pellín de profundas raíces y rojo corazón. El encaje sonoro de los altos coigües. El boldo aromado y la patagua obscura. El litre maligno, el modesto romerillo y el espino de flores de oro. Y laureles y lingües que dieron generosamente su vida para levantar ciudades y armar cascos de galeones y pataches, de veleros y vapores.

«Tres siglos las hachas incansables mordieron la veta valiosa de sus troncos centenarios.

«En carretas minúsculas —eran sus ruedas un trozo de roble agujereado en el centro— cuadernas y rodas llegaron a los primitivos astilleros de caletas primitivas, en balsas atadas, los huanahues —los guanayes de hoy— las llevaron en corriente del Maule, el Mauleuvu de los indios, hasta las playas del mar chileno.

«Tumultos de encomiendas, espaldas curvadas de indios, moviendo la callana, moteada de pepitas de oro, látigo de capataces, gritos de indias echando al mundo cordilleranos de ojos claros o mestizos, de pupilas negras como el ala del tordo o el grano lustroso del maqui en el gayo reverdecimiento del macal.

«El pujante y trágico poema de la colonización.

«Y luego la agonía. Lomas desnudas, luciendo al sol su calvicie rojiza. Renuevos que luchan, muertos de sed, en el fondo de las quebradas. Barrancos color de sangre que semejan monstruosas heridas incurables. Puntas de cerros, cunas de nubes y de alas de aves rapaces.

«La tierra áspera, pico de cerro o quebradura inaccesible cambian al mestizo en un animal cínico y avisado que del robo hizo un hábito, si el hambre batía sus alas turvas sobre el campo. Y era sólo el ansia de supervivir, la irresponsabilidad del instinto, la que lo arrastraba a degollar la vaquilla ajena o a dorar sobre la fogata de haulles la carne substanciosa de una oveja extraviada en el monte. No cambiarán su vida el cepo o la condena. Serán a lo sumo accidentes irremediables como las enfermedades y las lluvias.

«Y su hermana la chilla o el culpco, al desplumar las gallinas o comerse las uvas del viñedo maduro, no dejará de ser zorro y de ser ladrón, aunque una de sus patas quede sangrando en los dientes de la trampa, o, herido de muerte, ago-

nice en un rincón del monte, mordido por los colmillos de los sabuesos lanzados contra él.

«Rancho mezquino o cueva desnuda, coyundas retorcidas o huesos de pájaros y conejos, rebeldía obscura o pertinacia rapaz, unirán para siempre a hombres y a zorros en la vida elemental de la cordillera de la costa.

«Y así también, en la sierra de mis relatos, de piedra y roble quisiera mis palabras, se hermanan Juan Sapo y el Culpeo Borracho, Taquilia y la chilla negra, la vieja del Peralillo y la zorra bruja, la Cordillera de la Costa y las tinajas panzudas donde se engendra el vino como en un vientre humano».

Nos hemos dado el placer de copiar largamente al autor, porque consideramos esta página una hermosa síntesis de la evolución de la vida en las tierras pobres del Maule. Aquí vemos que es la despoblación forestal la que ha traído la sequía y la esterilidad creciente del suelo, y la necesidad va estrechando a los hombres, los animales y las plantas en un anillo de angustia. La flora, la fauna y la humanidad se empequeñecen, a la exuberancia sucede la parquedad, a la arrogancia la desconfianza, al valor la astucia, a la honradez el pillaje.

Este empobrecimiento de la vida forma el ambiente trágico de los cuentos. En la lenta agonía de estas vidas meneguantes, se ensienden los dramas, se tejen los episodios sarcásticos y saltan las chispas del ingenio criollo.

*La Vieja del Peralillo* abre el volumen en forma rotunda. Es una recia figura de mujer, una Quintrala rústica, no tan perversa como la otra, pero no menos apasionante. Hembra sensual, batalladora y bravía, dominó a sus maridos y amantes y los hizo trabajar como peones, a chicotazo limpio, y se entregó bajo los matorrales y viñedos de rulo a cuantos mocetones tentaron su violento apetito sexual. Había pecado mucho en su lecho, y por eso los campesinos supersticiosos la

tendieron a morir en el suelo de su rancho. El Malo, que con fundados motivos codiciaba su alma, no quería que su cuerpo reposara en sagrado, y el entierro da lugar a curiosas peripecias, luchas entre los deudos y el diablo por quedarse con la difunta. El episodio en que el ataúd se va estero abajo y es alcanzado a lazo por don Nica, es de gran fuerza y está trazado de mano maestra.

*Carboneros* es un vigoroso relato montañoso. El Manta Bonita, On Polo y su perro son los tres personajes que protagonizan la tragedia. —A mí nunquita se mi han quemao las cargas, ni mi ha pitao el rico, porque sé dende medianito que al hombre y al horno se les calienta por la boca— dice presuntuosamente el Manta Bonita, el hornero. Y al fin las humillaciones y golpes sobrellevados por On Polo y su perro, se hinchan como un nudo de víboras en su pecho, una noche que se había calentado demasiado por la boca con el agrio vinillo de los cerros, y la venganza estalla, brusca y brutal, como «el aullido agudo que partió de pronto la seda de la noche, como la afilada punta de un cuchillo».

*La Zorra Bruja* es, sin duda, uno de los cuentos mejores. Aquí los hombres y los zorros, los eternos enemigos, se confabulan para arrojar al extranjero que persigue a los ladrones y trata de imponer en la región una moral menos salvaje, que quiere remover la atmósfera espesa de errores y supersticiones que hacen inhabitable el país al ser civilizado, el cual cae al fin vencido por la resistencia sorda y tenaz, por el sortilegio de las leyendas embrujadas adherida a los riscos con la misma pertinacia de los matojos y las chillas.

*La Chilla Negra* o *El Zorreador Burlado* es un relato magnífico en que rivalizan la riqueza del tema, el interés anecdótico e informativo de los detalles, la maestría de la exposición, la belleza poética de las descripciones. Hay una cacería de zorros inolvidable, que se esculpe en la memoria. Daremos algunas muestras de aciertos descriptivos: «Fragmentos de la no-

che aun viva, hojas de sombra aleteantes, los murciélagos se escondían entre los arbustos, y un guairao, aéreo pescador de la noche, se iba a dormir entre los matorrales de una vega». «Verdeó un vallecito estrecho, donde los perales recogían en sus copas redondas toda la blancura flotante del alba en flor. En una loma, destacaba su masa soñolienta un rancho montañés». Reuniéronse los sabuesos para tomar contacto, y como una culebra de elásticos anillos, la jauría atravesó rápidamente el valle, y subió en dirección al Peñalquín, pardo amontonamiento de piedras y árboles que el sol barnizaba con una pátina de oro». Hay un arroyuelo que corre por su lecho como una concreción de luz y muchos otros áciertos que se nos escapan.

Renunciamos a dar una pequeña idea de las riquezas descriptivas, anecdóticas y psicológicas del libro, remitimos a él al lector, y terminamos con un pequeño reparo. En la cauda el veneno:

Adornan a Latorre condiciones eminentes de observador de la naturaleza y de los hombres, de narrador diestro, de paisajista que asciende a la belleza melodiosa del poema, pero se nota que es un espectador algo indiferente del gran drama humano. Como el Wilde de antes de la prisión, parece no haber descubierto aun ese algo maravilloso que es la piedad. Falta en el libro una cosa pequeña, pero infinita, que es todo y nada, una lágrima. El horror de Latorre por el romanticismo, lo llevan a encallar a veces en el arrecife duro de la impasibilidad. Abra las puertas de su emoción, hágase solidario de los dramas que describe y será uno de los prosistas mayores de América.—DAVID PERRY B.

